

# LETANIA BETHARRAMITA A SAN JOSE

## Que de Ti aprendamos a ser betharramitas.

- José, atento a la inspiración de Dios.
- José, celoso realizador de la Voluntad de Dios.
- José, humilde en tu grandeza.
- José, obediente y confiado en el beneplácito divino.
- José, contento con tu misión personal.
- José, constante hasta el final.
- José, impulsado por el solo amor a Jesús y a María.
- José, en el amor siempre fiel.
- José, en la entrega sin limitación.
- José, en el servicio siempre puntual y discreto.
- José, en la disponibilidad sin llegar tarde, sin poner condiciones, sin vuelta atrás.
- José, nuestro poderoso intercesor.

En tantos ratitos sueltos,  
que los hay muchos en tu día,  
repite una y otra vez,  
la oración del peregrino ruso:  
**Jesús SALVADOR**  
**ten piedad de mí, PECADOR.**  
Déjate empapar... llevar... amar...  
Experimenta quién es Jesús,  
quién eres tú,  
quien es Jesús hoy en tu vida.



**Jesús, Dios hecho hombre  
nos quiere encarnados en la realidad del 2000.**

D.R.M.

M.M.C.



"Jesús nos quiere encarnados en la realidad"

Año IV 2000 - Nº1

## San José: Testimonio de Vida Interior

La vida interior de San José creció en el contacto íntimo con Jesús en la vida familiar de Nazaret. Cumplió su misión de padre educador con total dedicación.

Sabemos que tuvo la tarea de enseñar a Jesús el oficio de carpintero: con todo el corazón de padre comunicó a quien tanto amaba el arte y los secretos de su propio oficio. Su influencia, sin embargo, la ejerció sobretodo en el orden moral, dando al niño el ejemplo de la más absoluta docilidad a la voluntad divina y del más sincero amor hacia el prójimo. En esa tarea de educador, en la que se esforzaba en transmitir a Jesús lo mejor de sí mismo, José recibía de Él más de lo que daba. De esos contactos familiares cotidianos sacaba un gran enriquecimiento espiritual. La vida de Nazaret fue una vida escondida, sea para José, sea para Jesús, pero una vida de gran densidad interior.

José tuvo el privilegio de vivir muchos años en la intimidad de Jesús, intimidad que será mucho más breve para los discípulos, en la vida pública. Veamos cómo fue la experiencia vivida por los dos primeros discípulos Juan y Andrés, atraídos por la personalidad del *cordero de Dios*: se pusieron a seguir a Jesús. Les preguntó: *¿qué buscan?*, respondieron: *Maestro, ¿dónde vives?*. Y al *vengan y vean*, acompañaron al Maestro a

su casa y permanecieron con Él aquella tarde. Fue para ellos una experiencia inolvidable: *fue alrededor de la hora décima (Jn1/38-39)*.

Si los discípulos quedaron tan fascinados del primer contacto con Jesús, en el que encontraron lo que buscaban y muchísimo más, podemos adivinar hasta qué punto José habrá valorado el don de convivir íntimamente con Jesús.

José, para penetrar en esa intimidad excepcional, no tuvo jamás necesidad de preguntar: ¿dónde vives? Cuando José se ausentaba por motivos laborales, al volver a casa, encontraba la presencia de Jesús que lo esperaba. Para José, *la hora décima* sonaba cada día, la alegría de convivir con Jesús era siempre nueva. José, no tuvo como los discípulos, la suerte de escuchar la predicación de la Buena Nueva, pero se dejó impregnar en la irradiación de la personalidad de Jesús, la Palabra Encarnada.

José cumplió perfectamente su misión, pero en la sombra, en una sombra de la cual no intentó escapar. Captó la grandeza del don recibido, convivir con el niño mesiánico. No se dejó tentar de ninguna ambición humana, y valoró plenamente la propia situación, sin desear otra.

Desde fuera, la vida de José podría parecer pobre y extremadamente banal. Desde dentro, poseía la riqueza suprema. Con razón, pues, José tiene que ser considerado como una personalidad capaz de llevar a los cristianos a la búsqueda de una vida interior sólida y profunda.

JEAN GALOT SJ

## Enseña San Miguel

**Hay que trabajar en la obra de Dios alegremente**, con fuerza, día a día, sin preocuparse del éxito ni del día siguiente. A cada día le basta su preocupación... Me ofrecen una misión. ¿Daré resultado o no? No tengo que inquietarme, sino caminar con la fe de Abraham. Debo hacer lo que Dios me dice a través de sus lugartenientes y cómo me lo dice... Lo demás, sólo es preocupación inútil, embrollo y tentación que no debo escuchar.

Si tuviéramos que escuchar todo lo que se me dice, todo lo que sale de la boca de los que se creen sabios juzgando sin que se lo manden, a pesar del *no juzgar*, condenando sin que se lo ordenen, haciendo gala de una sabiduría rechazada por Dios... *Reprobaré la sabiduría de los sabios (1Cor1/19)*.

Por lo tanto, día a día desempeñamos la tarea porque Dios lo quiere y como lo quiere, aunque tengamos que cambiar mañana de

oficio y de método, por la misma razón que estamos abocados al oficio y al método actuales, es decir, por causa de la obediencia. Cambiar por otro motivo, inquietarse por otras cosas, sería **desatinar**, renunciar al buen sentido.

Hagamos lo que Dios quiere, como lo quiere y, luego, que digan lo que quieran. ¿Y el éxito? No nos juzgarán por eso. El éxito depende de Dios, se lo ha reservado: **no nos metamos en lo que Dios se reserva**. (P)

**En los trabajos cotidianos**, por muy humildes que sean, **podemos ejercer la inmensidad de la caridad**. El establo de Belén, el pesebre, ¡qué lugar más pequeño! y, sin embargo ¡qué perspectiva para el mundo entero! Un niño pequeño, una mujer pobre, un sencillo obrero y, sin embargo, ¡qué importante para el mundo, ante Dios y los hombres!

¿Qué hay de más pequeño, ante Dios y los hombres, que el trozo de pan que sostiene todos los días en su mano el sacerdote? Sin embargo, es la más pobre apariencia. **Y es que encontramos lo más grande en lo más pequeño**.

La Iglesia nos pone continuamente en los labios la oración para pedir ese **espíritu de discreción**. Pero habrá que comprenderlo, *et de eius semper consolatione gaudere* (y gozar siempre de su consuelo). Poner nuestra tranquilidad en los consuelos del Espíritu Santo y no en otra parte, en las creaturas; y eso, *semper*, no un día, cuando nos alaban, nos quieren, el día de la primera comunión, un día de retiro, sino **siempre**, como san Pablo: *superabundo gaudio* (desborde de alegría)... En medio de sus prédicas y éxitos, teme ser condenados; mientras que, en medio de las cadenas y las tribulaciones, está tranquilo; y —precisamente— prisionero en Roma desde hace dos años, es cuando más cuenta con el éxito. Es porque hacía la voluntad de Dios y el Espíritu Santo era su consuelo...

Para nosotros, lo mismo: Dios es el guía: provee a nuestra conducta dándonos superiores. Tenemos que buscar el reposo, el consuelo en el Espíritu Santo: siempre, no por **caprichos pasajeros**, como san Pedro que tenía una generosidad peculiar y a la cual el demonio no era ajeno: *Estoy dispuesto a morir por Tí*. Y después, blasfemias, apostasías, negaciones, en el momento en que habría de mostrarse discípulo de Jesucristo.

Al final, sin embargo, recibió el don del discernimiento. *Pedro, ¿me amas?* En vez de decir: *Aunque todos no te amaran...*; responde, desconfiado de sí mismo: *Señor, tu sabes que te amo*.

¿Por qué necesitamos la intimidad con Jesús en la oración? Porque se necesita unir el instrumento a la mano que lo sostiene. Sin eso, nada puede. Por eso, la Iglesia nos hace clamar continuamente con gemidos: ¡Socorro! ¡Socorro!